

La hija del Oráculo

(Landeron I)

Paula de Vera

© Paula de Vera García

Tercera Edición – octubre 2020

Diseño Portada – Alexia Jorques

*Para Ángel,
mi mejor crítico,
agradeciendo ahora
y siempre tus opiniones
y tus ideas.*

NO COPIAR

“La reina Marla se hallaba asomada al amplio balcón del salón del trono, viendo combatir a su ángel, cuando recibió la noticia del asesinato del conde Aren. El mensajero le habló al oído, de manera que nadie más pudo escucharlo, pero los labios de ella se fruncieron levemente. Aquélla fue su única reacción.

No comentó el asunto con nadie más”

(“Alas de Fuego”, Laura Gallego García)



Mapa: Aya Athalia

Mi señor. Atended a mis palabras, porque son cruciales para vuestro futuro. Es cierto que alcanzaréis el poder y la gloria y que conseguiréis seguidores y triunfos allá donde piséis en Landeron. Pero a esta buena nueva añado una advertencia.

Solo una criatura, cuando estéis en lo más alto, se impondrá en vuestro camino y supondrá el final de vuestro glorioso reinado. La hija de una gran vidente, descendiente de Aden, se alzará en Gadar y su ejército será el más fuerte que haya existido jamás. Pues estará basado en el amor, la amistad, la confianza y el fin de las barreras entre todas las razas.

Así será y no podréis hacer nada para evitarlo.

Recordad mis palabras.

NO COPIAR

Luna de sangre

Aquella noche podía haber sido como cualquier otra.

La luna creciente proyectaba la sombra de los tejados sobre el empedrado de la calle, creando caprichosos diseños. El castillo se alzaba imponente al fondo de la ciudad, sobresaliendo por encima de aquellos hogares más humildes que lo rodeaban casi en su totalidad.

Los campos, desparramados al otro lado de las murallas y protegidos al abrigo de la sierra conocida como Las Herraduras Cruzadas, brillaban con diminutas motas de plata: granos maduros que pronto serían cosechados y darían de comer a los habitantes de la comarca.

Pero aquella noche no era como las demás. De hecho, sería recordada como una de las más tristes de la historia de Landeron.

El primer indicio, silencioso, de que algo extraño sucedía, fue la masa oscura que avanzaba desde el horizonte en forma de arco, cerrando más y más su silueta a cada paso mientras se aproximaba rápidamente a la ciudad desde las llanuras que ocupaban el este del condado de Nïedar.

Los centinelas apostados junto a las puertas fueron los primeros en verla, dando la alarma de inmediato. Las antorchas se encendieron, los arqueros se apostaron en sus posiciones y el murmullo que pasaba de boca en boca se fue haciendo más y más intenso hasta llegar al palacio, a oídos del mismísimo rey. Pero todo fue inútil.

En un instante, aquella oscura comitiva llegó a las puertas. Acto seguido, varios encapuchados saltaron con insultante facilidad sobre las murallas a la vez que comenzaban a trepar con agilidad. Sus manos enguantadas parecían acoplarse perfectamente a la

oscura piedra y el sargento al mando temió por un instante el tipo de criaturas que pudieran ser. Por todo Landeron habían corrido rumores poco halagüeños sobre oscuros ejércitos que asaltaban las ciudades de noche, en silencio y sin dejar supervivientes. Pero jamás hubiese esperado encontrárselos frente a frente.

Con un grito imperioso el hombre llamó a sus refuerzos. Pero, en el momento en que estos llegaban, la primera de entre aquellas extrañas criaturas trepadoras llegó hasta su posición, agarró al gadarath por el cuello y lo lanzó sin piedad por encima de las almenas. Los dos soldados que llegaban en ese instante se quedaron helados de terror al ver cómo aquel ser desconocido, de casi dos metros de alto, lanzaba a su sargento por los aires. Pero no fue nada, comparado con la sensación que se alojó en la boca de sus estómagos en cuanto su verdugo los enfocó directamente.

Debajo de la capucha oscura se escondía un rostro pétreo en el sentido literal de la palabra: grisáceo, surcado de vetas oscuras e iluminado por dos ojos de un rojo incandescente. El siniestro asaltante los contempló un instante, como si los evaluase, antes de esbozar una sonrisa macabra y encaminarse hacia el primero de ellos. Este, en un momento de cordura, trató de detenerlo alzando su espada, pero de poco le sirvió. Dada la fuerza e impenetrabilidad de la piel de aquella criatura, la espada resbaló con un chirrido sobre ella antes de que su portador sufriese el mismo destino que el sargento.

El otro soldado, en cuanto se vio solo ante aquel ser de pesadilla, salió corriendo en dirección contraria en busca de más refuerzos. No obstante, apenas pudo avanzar unos pasos antes de que otro monstruo se interpusiera en su camino. Sin poder emitir sonido alguno, sintió entonces cómo una garra de piedra se cerraba en torno a su garganta, justo antes de perder el conocimiento y seguir el letal camino de sus dos compañeros.

Tras deshacerse de sus oponentes, los dos seres pétreos se miraron un instante, satisfechos, para acto seguido saltar los cinco metros de muro que separaban su posición del suelo, aterrizando

con fuerza y destrozando las piedras que recibieron el impacto de sus enormes cuerpos. Procedentes de las casas más próximas se escuchaban gritos de lo más diverso y a medida que avanzaban por las calles se encontraron con los habitantes de la ciudad; los cuales, al tiempo que corrían asustados tratando de esconderse, daban media vuelta con un aullido en cuanto los veían aparecer. A ellos, o a alguno de los otros doscientos geruk que componían su batallón.

En el castillo, igualmente, cundía el pánico. Los monarcas se habían levantado raudos de la cama al escuchar la algarabía; el rey, en cuanto lo habían informado de cuál era el origen de aquel desastre, se había asomado a la ventana para comprobar con sus propios ojos lo que sucedía en el patio. Sin embargo, apenas había tenido unos segundos para hacerlo antes de que una enorme roca, lanzada desde algún punto indefinido de la muralla, se estrellase sobre su frente acabando con su vida de inmediato.

La reina al verlo chilló espantada y se arrojó sobre él, tomándolo entre sus brazos. Pero ya era demasiado tarde.

* * *

El general de aquel ejército alzó la cabeza encapuchada al escuchar el aullido de dolor de la mujer, procedente del castillo, mientras mostraba una sonrisa taimada. Así que la reina aún estaba viva, pero el rey no. Sus seguidores habían hecho un buen trabajo. «Bien», pensó. «Así, mi venganza será completa contra ella».

Se encontraba en el centro de la plaza principal de la ciudad, rodeado de casas ardiendo y cuerpos esparcidos a sus pies. Pero todo aquello no parecía disgustarlo; ni siquiera daba muestra de verlo. Su objetivo, desde que había partido con su ejército y desde que había escuchado aquellas palabras malditas, casi cinco años atrás, era otro. Con un gesto rápido, indicó a varios de sus secuaces que lo siguieran por una estrecha callejuela; llegando, al cabo de unos minutos, a las puertas del recinto amurallado del castillo.

Las recias verjas que antaño limitaban la entrada ahora aparecían dobladas, así como sus restos esparcidos por el patio de armas. El encapuchado, sin inmutarse, pasó por entre aquel amasijo de hierro y piedras destrozadas para, acto seguido, avanzar por entre el caos que se había creado frente a la puerta principal del palacio, la verdadera residencia de los monarcas en el complejo real.

Sus secuaces, por otro lado, habían empezado a dedicarse al pillaje nada más ver las estancias desocupadas e indefensas que rodeaban el enorme edificio central, a la vez que exterminaban a todo ser vivo que se interpusiese en su camino. El encapuchado que dirigía la comitiva hizo un leve gesto de desagrado al ver lo primero, sin inquietarse lo más mínimo por lo segundo, y así se lo hizo saber a su capitán, que lo seguía en silencio a apenas un metro de distancia:

—Al que robe, ya sabes lo que tienes que hacer con él — siseó su general.

El geruk asintió rápidamente con la cabeza y lanzó un gruñido de advertencia dirigido a todos los subordinados que se encontraban en el patio en ese instante. Más de uno arrojó al suelo todos los objetos que llevaba en los brazos en cuanto lo escuchó, pero otros no. El geruk jefe gruñó de nuevo, pero esta vez para sí. Más de uno debería escarmentar y pronto.

Lentamente y una vez reagrupado, el pequeño batallón liderado por el general oscuro se adentró en el castillo, empujando sin esfuerzo las puertas decoradas en nácar y plata. Subieron por la gran escalinata y giraron a la izquierda, sorteando varios pasillos hasta dar con la puerta que estaban buscando. Una galería silenciosa e iluminada por la luz de la luna procedente de una arcada situada a mano izquierda, sobre un patio, se mostró frente a ellos. Sin quedarse a admirar el espectáculo, a la vez que algunos geruk pululaban por la planta inferior destrozando todo a su paso, los asaltantes guiados por el maestro de toda aquella destrucción avanzaron sin temor y sin mirar dos veces a su alrededor, hasta el otro extremo de la balconada. Habían llegado, por fin, al torreón real.

El general encapuchado hizo una seña entonces al geruk de su izquierda, su verdugo personal, y le señaló la puerta que tenían frente a sí con un movimiento seco de la cabeza. El interpelado, sin pestañear, se adelantó y propinó una fuerte patada a la madera, que la hizo añicos y además hizo temblar los muros que la rodeaban. Pero ninguno de los presentes pareció notarlo mientras se adentraban en la oscura escalera de caracol que ascendía al otro lado.

Conforme avanzaban, se oían más claramente los sollozos de una mujer por encima de sus cabezas. Al llegar al rellano del dormitorio real, la puerta del mismo estaba cerrada con llave. La que estaba enfrente, decorada con hiedras y plantas exóticas, pareció moverse un instante cuando la contemplaron, recelosos. Había algo extraño al otro lado de esa madera, podían percibirlo. Pero las tallas permanecieron inmóviles mientras las observaban más detenidamente y el general resopló con fuerza para olvidar aquellos incómodos pensamientos. Estaba seguro de que, si la niña estaba en alguna parte, era con su madre. Por ello, repitió el gesto que ya le había hecho a su verdugo al pie del torreón y este procedió de manera idéntica.

Cuando la madera saltó, se escuchó un chillido antinatural en el interior del dormitorio, pero los invasores no se amedrentaron. La reina, por su parte, abrió mucho los ojos y la boca al reconocer al líder del grupo, para acto seguido mostrar una mueca agresiva.

—Tú... —siseó.

El hombre, por su parte, mostró media sonrisa maliciosa bajo la capucha.

—Vaya, Alia. ¡Si me recuerdas!

La reina, por su parte, se incorporó y se arrastró a toda velocidad hasta los pies de la enorme cama con dosel, extrayendo algo con esfuerzo de debajo de la misma. El metal de la espada chirrió al rozar la piedra del suelo del dormitorio, justo antes de que la reina Alia de Gadar tratase de enarbolarla sobre su cabeza; sin demasiado éxito, pero dispuesta a lanzarse, como fuese, sobre su os-

curo contrincante. El cual, sin inmutarse, alzó una mano y pronunció una serie de palabras. En un instante, la reina Alia se vio desarmada, indefensa y atraída bruscamente hacia él.

—¿Dónde están vuestros modales, Majestad? —se rio él un instante antes de clavarle un puñal en el estómago.

La mujer abrió mucho los ojos, sorprendida, pero no pudo hacer nada para evitar su destino. Unos segundos después, su cuerpo sin vida cayó como un fardo al suelo, con el rostro vuelto hacia arriba. Su asesino la observó un instante antes de murmurar:

—Debiste ser más razonable, Alia —y meneó la cabeza con falso disgusto antes de añadir, en tono de burla—. Ahora, harás compañía a tu “amado esposo”.

Acto seguido, el hombre guardó el puñal dentro de la capa y se encaminó hacia la cuna que ocupaba la esquina más alejada del dormitorio. Era sencilla. Tan solo aparecía cubierta por mantillas de color blanco, bordadas con letras “E” en verde y dorado. El intruso apretó los labios. Solo un paso más... Solo un poco más y su pesadilla terminaría. Con rapidez, alzó la mano y retiró las sábanas que cubrían el bulto en su interior.

Pero la cuna estaba vacía.

El general se quedó un segundo sin habla y, acto seguido emitió un aullido rabioso que se escuchó en toda la ciudad, silenciándola todavía más. Los combates habían cesado al otro lado de la ventana, no quedaban supervivientes. No había gadarath con vida que pudiese contar lo que allí había sucedido. Pero todo había sido en vano.

El general apretó los puños hasta dejarse los nudillos blancos antes de volverse hacia sus secuaces, que permanecían impertérritos junto a la puerta.

—Buscadla —murmuró en un gruñido ronco—. Quiero tener el cadáver de esa niña a mis pies, cueste lo que cueste. ¿Estamos?

Los dos geruk asintieron enseguida y salieron del dormitorio sin hacer ruido. Su líder, por otro lado, se quedó un segundo pensativo, erguido en el centro de la habitación y, después, tomó una

decisión. De entrada, se acercó lentamente al balcón y se asomó. Todos sus secuaces estaban reunidos en el patio y lo vitorearon con voces que parecían salidas de las mismas entrañas de la tierra. Él se dejó adular mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Tenía que encontrar una forma de asegurarse de que la princesa no volvía a ser un problema, en caso de que sus geruk no la encontrasen... y sonrió con maldad al dar con la solución sin apenas pretenderlo.

«Así, me quitaré otro problema de encima», pensó un rato después, mientras avanzaba a la cabeza de su ejército, atravesando los campos de Gadar y dejando atrás una ciudad de Mehyan, antaño orgullosa capital del reino, incendiada y devastada, «y ella se rendirá a mis órdenes. No le quedará más remedio».

NO COPIAR

Dime quién soy

15 años después

Aldin regresaba a casa pegando patadas furiosas a las piedras que se encontraba en su camino. Su rostro de color azul cielo, característico de la raza de los oráculos a la que pertenecía, aparecía en ese instante contraído en una mueca airada. Sus ojos verdes chispeaban de rabia y su cabello negro azabache, recogido en una cola de caballo, se bamboleaba con violencia a cada paso que daba.

No se lo podía creer. Aquello, definitivamente, había sido la gota que colmaba el vaso. Por la mañana había acudido a la Casa de las Mujeres como cualquier otro día, había saludado a alguna de sus compañeras con su timidez acostumbrada y se había encaminado al aula del segundo piso para acudir a la sesión de bordado. Pero claro, allí, como siempre, la esperaba su particular verdugo.

Aelhia era la hija del señor de la villa, Lord Karan; un elfo moreno de rostro pálido y ojos castaños que, si bien no era un déspota, tampoco era especialmente agradable al trato. Siempre que Aldin lo había visto salir de la villa en alguno de sus viajes diplomáticos —el camino pasaba irremediabilmente por la granja que habitaba con sus padres—, había creído atisbar en su rostro una eterna tristeza. Pero nunca se había detenido a pensar por qué; principalmente, porque a diario tenía otras cosas en las que ocupar su cabeza.

Su hija, por el contrario, era la viva imagen del desprecio que profesaba hacia el resto de habitantes de Landeron. Lar había sido, durante generaciones, un refugio para miembros de otras razas que huían de la miseria y la guerra que solían azotar sus respectivos

países cada pocos años. Y los elfos, altruistas por naturaleza, nunca se habían negado a acogerlos. Lo que no significaba que el trato dispensado hacia los forasteros fuese siempre cordial.

La mueca que la joven noble le había dirigido aquella mañana a la muchacha *gulin*, como se denominaban los oráculos en su propio dialecto, había distado mucho de ser amistosa, como de costumbre, pero Aldin había intuido algo más detrás de sus ojos negros como la pez. Aelhia tramaba algo, estaba segura. Pero cuando la elfa había desviado la mirada para cuchichear con sus amigas, la joven oráculo había tratado de alejar aquella turbia sospecha de su mente y de concentrarse en su labor. Con tranquilidad, la había sacado de su macuto y la había analizado detenidamente antes de decidirse a dar la siguiente puntada.

Pero su tranquilidad se había visto interrumpida pocos minutos después cuando una mano blanca y alargada aferró su bordado y tiró de él hacia arriba, arrebatándoselo.

—¡Eh!

Aldin se había levantado rápidamente, molesta y dispuesta a aclararle un par de cosas a quien se hubiese atrevido a interrumpir su labor, pero se había quedado paralizada al ver de quién se trataba.

—Vaya, Aldin, lo siento —se había disculpado Aelhia con falsedad mientras agitaba la tela bordada lo más lejos de su cuerpo que era capaz—. Solo quería admirar esta... —la elfa había observado entonces el trabajo de Aldin con algo similar al asco retorciendo sus facciones— cosa que estabas bordando.

—Devuélvemelo, Aelhia —bufó Aldin sin pensar—. Ya.

Pero cuando la elfa se había girado a cámara lenta, encarándola, la *gulin* había sabido de inmediato que había cometido un error que podía costarle muy caro. La hija de lord Karan se había acercado entonces muy lentamente hacia ella y sus ojos se habían

entrecerrado, a la vez que el rubor de sentirse insultada se extendía hasta sus orejas puntiagudas.

—¿Cómo has dicho? —había siseado.

Su oponente había parecido desinflarse en un instante, antes de agachar la cabeza a la vez que murmuraba, en un hilo de voz:

—Disculpadme, mi señora. ¿Tendríais la bondad de devolverme mi bordado, por favor?

Aelhia se había erguido entonces con una sonrisa triunfante, pero sin responder ni obedecer a la educada petición.

—Modales es lo que te falta a ti, pequeña inútil.

Aldin, dolida en su orgullo, se había encogido ante el apelativo, para después retroceder. Aelhia, sin embargo, en vez de dejarla en paz, había avanzado tras ella hasta que la joven gulin había dado de nuevo con el trasero en la silla de forma bastante brusca, levantando risas entre las seguidoras de la muchacha noble. Pero, entonces, se había alzado una voz junto a la puerta del cuarto que había hecho dar un respingo a todas las presentes:

—¿Qué está sucediendo aquí?

Tanto Aelhia como Aldin habían alzado la cabeza rápidamente y la primera había palidecido un instante —para regocijo momentáneo de la segunda—, al observar a la severa maestra plantada en el umbral con los brazos cruzados, esperando una explicación. Pero había sido muy rápido y la joven elfa enseguida había recobrado la compostura.

—Discúlpeme, maestra —se había excusado con impoluta educación—. Solamente estaba alabando... el trabajo de Aldin.

Su sonrisa había sido tan falsa que la aludida había tenido que reprimir las arcadas que le provocaba. ¿Cómo podía una elfa ser tan... tan...? Pero, para su desesperación, la maestra se había creído su pantomima, volviéndose de inmediato hacia la gulin.

—¿Es eso cierto, Aldin?

—¡Maestra! —se había escandalizado Aelhia, sin darle tiempo a su acosada a contestar—. No se puede cuestionar...

—A la nobleza. Lo sé, Aelhia —había respondido la maestra con calma, ignorando la mueca boquiabierta de su alumna al ser tratada por su nombre de pila—. Pero aquí no cuenta el rango, sino vuestra habilidad para ser capaces, en un futuro, de realizar las tareas que se os encomienden como mujeres. E imagino —había agregado antes de que la joven pudiese decir nada— que si Lord Karan te ha enviado aquí será por una buena razón.

La muchacha había apretado entonces los labios, mientras su cuerpo se tensaba entero ante la reprimenda. Sí, era cierto que su padre había decidido que quizá a su díscola hija le faltaba algo de disciplina y necesitaba aprender a ser una buena mujer, pero la insolencia era algo que no estaba dispuesta a permitir ni siquiera viniendo de su instructora. No obstante, los iris de hielo de esta parecieron disuadirla en ese instante de hacer nada que pudiese comprometer más su reputación y, por ello, había optado por morderse la lengua e inclinar ligeramente la cabeza, sin dejar de mirar con cierto desprecio a Aldin. La cual, humillada, se la había devuelto sin apenas ser consciente de lo que hacía, lo que hizo que la voz de la maestra se dejase oír de nuevo, avergonzándola más aún.

—¡Aldin! ¡No pienso consentir faltas de respeto! —la había reprobado la alta mujer elfa—. Discúlpate.

La muchacha, hundida en lo más profundo de su ánimo, había inclinado la cabeza sumisamente.

—Lo siento, mi señora.

Aelhia, por su parte, había sonreído con suficiencia y la maestra parecía conforme, pero aún esperaba una respuesta, por lo que Aldin se había atrevido entonces a asentir rápidamente.

—Sí, es cierto. Aelhia quería alabar mi trabajo, nada más.

—Pues es algo que me sorprende —la instructora había enarcado dos cejas oscuras y perfectas—, dada vuestra poca amistad.

Sí, era cierto, completamente. Pero Aldin, que estaba preparada para contestar de nuevo con educación, no lo estaba tanto para lo que iba a suceder a continuación. Algo que había sabido entonces y sabía ahora, que no podía haber evitado de ninguna manera.

—Yo también quería aprovechar para pedirle a Aldin que nos mostrase algo de su magia —se había inventado de pronto Aelhia.

La muchacha gulin, por supuesto, se había quedado de una pieza y no sin motivos. Pues era de sobra conocido que los de su raza podían ver el futuro y leer las mentes de aquellos que los rodeaban. Pero ella... Bueno, era algo en lo que no le gustaba pensar. Y prefería que Aelhia no lo supiese puesto que, si fuese así, su vida se convertiría irremediabilmente en el peor de los infiernos.

Pero, por desgracia, la maestra había parecido apreciar la sugerencia, porque había asentido, con una leve sonrisa en su rostro que lo había relajado, rejuveneciéndola doscientos años por un instante.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué nos puedes mostrar, Aldin?

La interpelada, por su parte, se había quedado sin habla, paralizada de miedo. No era posible. No podía estar sucediéndole aquello. Pero todas las miradas se encontraban clavadas en ella en ese momento y Aelhia la había conminado enseguida a levantarse con un gesto imperioso de la mano. Aldin había tragado saliva y cerrado los ojos un segundo, antes de incorporarse con la misma sensación de un condenado camino al patíbulo. «Por favor, por favor: que esta vez pueda hacerlo», había rezado para sus adentros. Puesto que, ¿acaso tenía otra opción?

Mientras avanzaba hacia Aelhia, la maestra se había acercado a ella.

—¿Y bien?

La muchacha gulin se había humedecido los oscuros labios.

—Bueno, había pensado... Yo... —había balbuceado en voz muy baja. Sin embargo, al ver la mirada imperativa de su maestra, había carraspeado un instante para serenarse, tratando de proseguir en un tono de voz normal—. Quizá lo más... sencillo —se había atragantado ligeramente con la palabra— sería una lectura de mente.

Había mostrado entonces una sonrisa forzada que a su instructora la convenció, porque hizo a continuación un gesto con la mano indicándole que podía continuar. Aldin había respirado hondo y pedido educadamente su mano a Aelhia. Esta, con una floritura, se la había entregado mientras guiñaba un ojo a sus amigas, que se habían reído por lo bajo. Una mirada gélida de la maestra las había silenciado, no obstante, de inmediato.

Aun así, para ese momento Aldin ya no les estaba prestando atención. Todos sus esfuerzos estaban dirigidos, sin resultado, a tratar de bucear en los oscuros ojos de Aelhia. Pero todo era en vano. Allí, la joven gulin solo había visto el más absoluto desdén hacia ella y, por un momento, se había sentido afortunada de no conseguir entrar en la mente de la muchacha elfa. Puesto que a saber qué clase de insultos le estaba dedicando en ese preciso instante. Sin embargo, aquel momento de alivio había sido sustituido por un intenso terror cuando Aelhia había chasqueado la lengua y retirado la mano con rapidez.

—No sé a qué estás esperando, maldita gulin —había escupido el nombre de su raza como si fuese unaapestada y Aldin se había encogido nuevamente de dolor—. Eres una condenada inútil y un fraude. Dudo incluso de que tu raza tenga alguna habilidad aparte de la de ser azules e insoportables...

—¡¡Aelhia!! —había bramado entonces la maestra, espantada—. No te consiento que...

Pero se había interrumpido de golpe cuando una sombra azul y negra había pasado a velocidad de vértigo a su lado, desapareciendo por la puerta principal de la estancia. Aldin había salido corriendo del aula, ignorando los gritos de la elfa adulta. La cual, tras reponerse de la sorpresa, se había asomado a la baranda, tratando de suplicarle que volviese.

Pero Aldin no pensaba regresar jamás. De hecho, si hubiese podido, hubiera huido en ese preciso instante de Lar, escondiéndose donde nadie pudiese encontrarla nunca.

Puesto que, como sospechaba, era una absoluta y total decepción para su raza. Y ahora, su peor enemiga en aquella ciudad lo sabía.